

MARIA MADRE Y REINA

Cuando entro á una casa habitada por una familia honorable, y allí, en el hogar doméstico, veo á los hijos y á las hijas rodear de atenciones á una mujer respetable, cuyas órdenes reciben, cuyos deseos previenen, cuya presencia veneran, y cuyo ejemplo imitan, no me engaño al decir: "Es, seguramente, la madre." Y me inclino ante ella.

Algo semejante debe ocurrir á los extraños, al entrar en este Colegio: María está presente en todas partes, rodeada de homenajes y de autoridad. Ya en el umbral, aparece en su trono, con la diadema en la frente, y teniendo en su regazo al Niño Dios. En el centro de la casa, como corresponde á la que, después de Dios, preside todos nuestros ejercicios, tiene su capilla, como tiene también entre nosotros su congregación, su cortejo compuesto de lo más florido de nuestros alumnos, de los que ella podría decir como Cornelia: "Estas son mis galas más hermosas." Su imagen se halla aquí por todas partes, en las salas de estudio, en las clases y hasta en los lugares de recreo, teniendo á Jesús en sus brazos. Recientemente se le ha erigido un trono en el frontispicio del salón de Actos, desde donde domina el jardín, y presidirá nuestros juegos bajo la advocación de *Causa nostrae laetitiae* que vamos á grabar en el pedestal.

Se cuenta en la historia de San Bernardo, que este santo tenía la costumbre de inclinarse ante la imagen de la Virgen, diciendo: *¡Ave María!* siempre que entraba en algún lugar consagrado á la Madre de Dios. No quiso María tener para con el Santo deuda alguna de santa cortesía, y en una ocasión, en la Abadía de Afflighen, en Bélgica, se animó su imagen, y le devolvió el saludo, diciendo: *¡Salve, Bernarde!*

El último domingo saludamos á Dios, hijos míos, como superior y padre; saludemos hoy á María. Saludémosla

como madre; saludémosla como reina; ella nos devolverá el saludo.

I

No tengo necesidad de deciros cómo ha llegado á ser María, por la divina voluntad, madre de todo el género humano. Os hablo sólo á vosotros y para vosotros. ¿Pero en qué es, especialmente, madre vuestra la Virgen? ¿Cómo llena María respecto de vosotros, en este colegio sobre todo, las funciones de madre? Os lo dirá el Evangelio. Leed en él, hijos míos, lo que hizo la Madre de Dios por Jesús, su hijo, y comprenderéis lo que hace aquí por vosotros.

Lo primero que hizo María, así que le fue dado su Hijo, fue *consagrarlo* á Dios presentándolo en el templo de Jerusalén. También vosotros, hijos míos, hace algunos días, cuando comenzabais este nuevo curso de vuestros estudios, fuisteis presentados al Señor. Y es esta capilla el templo á donde os condujeron vuestros padres y vuestras madres. Ciertamente que no soy yo el santo y venerable Simeón, y que no reside en mí el espíritu de profecía. Pero ya que, como aquel santo hombre recibió á Jesús en el templo, os he recibido yo de manos de vuestros padres; ya que, como él, he tenido el honor de llevaros en mis brazos, como él también puedo muy bien deciros que seréis señal de contradicción; que sufriréis en este siglo perverso, porque queréis ser buenos, y que os será preciso luchar mañana, pasado mañana, siempre, por la causa de la verdad y de la virtud. Como Simeón, también puedo decir á vuestras madres de la tierra que, por vuestra causa, una espada de dolor traspasará sus almas: esto es inevitable. ¡Guardaos de ser vosotros la causa! ¡Es tan cruel desgarrar el corazón de una madre! Pero, hay otra madre en cuyas manos os hemos depositado, otra madre más fuerte que vuestra madre de la tierra; esa madre no es sólo ternura, es una potencia, su manto es una coraza, su mano un escudo, tiene un corazón para amaros, un brazo para defenderos. Ella os ha dado verdaderamente á Dios, del mismo modo que le dio

á Jesús, y le ha dado todo vuestro sér. Le ha dado vuestro espíritu, para que vuestro espíritu viva en la luz; vuestro corazón, para que permanezca siempre fiel al amor puro; vuestra conciencia, para que no conozca otros derroteros que los de la virtud. Consagrados así á Dios y consagrados por ella, nada profano se considerará con derecho para llegar á vosotros. Seréis cristos como Jesús, y allí estará María siempre con vosotros, para decir á los enemigos de vuestra alma: Es mío; no lo toquéis. *¡Nolite tangere christos meos!*

¿Qué hizo, además, María, por Nuestro Señor Jesucristo niño? *Defenderlo*. Buscaba Herodes al recién nacido para darle muerte; un ángel avisó á José; José avisó á María, y María tomó á su Hijo Jesús, y lo libró del poder de Herodes.

¡Pues bien! Vive todavía Herodes, y vosotros le conocéis. Es un Herodes que brilla, que tiene sus fiestas, su fausto, sus espectáculos, su corte. De todo ello se sirve, jóvenes hijos míos, para seduciros, para llevaros en pos de sí. Estad en guardia, el tirano busca vuestras almas, las atrae sólo para hacerlas perecer. Es un Herodes que miente, que pretende engañaros como quiso engañar á los Magos Herodes el Idumeo. Habla, desde luego, como vosotros; finge querer como vosotros adorar á Jesucristo, busca también á Jesús; pero es para concluir de una vez con él. ¿Y á qué Jesús me refiero? Al Jesús de la fe, que ese Herodes quisiera extinguir; al Jesús de la gracia, que quisiera apagar; al Jesús de la comunión, que quisiera profanar en vosotros. Pero á vuestro lado está María. El Jesús que lleváis, descansa bajo su amparo maternal. No temáis, no lo tocará. En otro tiempo, María llevó á su Hijo á Egipto para sustraerlo á la muerte. Hoy hará lo mismo: lo tomará en su seno, lo conducirá en sus brazos, lo resguardará de los malos, de sus asechanzas, de sus golpes; lo salvará, en fin, y os salvará, cueste lo que cueste, del Herodes de hoy como del Herodes de entonces.

¿Qué más hizo María por el Niño Jesús? Conducirlo al templo de Jerusalén y dejarlo allí entre los doctores, donde volvió á encontrarlo, y vio que era, por sus respuestas y por sus preguntas, la admiración y el asombro de aquellos sabios. María será la protectora de vuestra educación y de vuestra instrucción. Ella ha sido quien os ha traído á este colegio, y os ha dejado entre nosotros para que recibáis nuestras lecciones, como da ella partió Jesús para escuchar las lecciones de los maestros de la ley. Escuchadnos como Jesús; respondednos como Jesús; y en todo lo que conviene al servicio de vuestro Padre del cielo, sed como Jesús.

Después, está escrito, Jesús, María y José, regresaron á Nazaret, como regresáis vosotros, hijos míos, todos los años á la casa paterna. Pero dice el santo Evangelio: "El Niño crecía en edad, en gracia y en sabiduría ante Dios y ante los hombres." Tal es, en tres palabras, la historia de veinte años de existencia de un Dios. Tal es también todo el programa de nuestra vida de colegio. El Niño crecía en edad: hé ahí la formación; el Niño crecía en sabiduría: hé ahí toda la instrucción; el Niño crecía en gracia: hé ahí toda la educación. Estas tres palabras tan sencillas, constituyen el resumen de todos los recuerdos que "guardaba María en su corazón," que comunicó ella más tarde á San Lucas, el Evangelista de la infancia de Jesús. Todo esto es un abismo de luz; á él me ha llevado la meditación, y por vosotros y para vosotros me he sumergido en él. Con María he visto desarrollarse esa inteligencia divina que no quiso difundir de un golpe todos esos rayos, sino que como el sol, se dignaba tener su aurora, su oriente y su mediodía. Pero al mismo tiempo que á Jesús, he visto á todos aquellos que en la misma edad quieren asemejarse á Él. Después de Nazaret, le he visto renacer muchas veces inmortal en las escuelas cristianas. Y vosotros, hijos míos, habéis aparecido ante mis ojos, creciendo también en edad por el desarrollo de vuestro cuer-

po, creciendo también en sabiduría por la formación de vuestra inteligencia; creciendo también en gracia por la santificación de vuestras almas. Y he sentido el mismo beatífico arrobamiento que á José y á María ocasionó este divino espectáculo; he pedido á José que sea también vuestro padre; he suplicado á María que sea vuestra madre, á fin de que os inspire ese adelanto, ese progreso, siempre nuevo, siempre encanta lor con que el Niño Jesús causaba admiración á la tierra y á los cielos.

II

Además, esta madre es reina; triple corona embellece su frente, corona de hermosura y de pureza sin mancha; corona de poder y de sabiduría, corona, en fin, de dolores, la que más encantadora la hace á los ojos de su Hijo. ¡Admirable objeto de contemplación y de amor! Y esto para todos los hombres. Por lo que á vosotros toca más particularmente, hijos míos, María es aquí la reina de vuestros estudios, la reina de vuestras costumbres; en una palabra, la reina de vuestra escuela. Saludadla, pues, con este nombre: ¡*Salve Regina!*

Reina de la inteligencia humana, reina de las letras y de las artes. Escuchad cómo todos los siglos cristianos saludan con estos títulos esa realeza de María.

Apenas nace el cristianismo, y ya inspira ella las pinturas de las catacumbas, los cánticos de los solitarios, los castos suspiros de las vírgenes, la elocuencia de los apolo-gistas y el testimonio de los mártires. En el siglo de los Padres y de los Doctores deposita suavísima miel en los labios de Ambrosio, abrasa después los de San Agustín, y hace brotar después raudales de oro de los del Crisóstomo. Después, en la Edad Media, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís y muchos otros, elevaron hasta ella conciertos de homenajes y de oraciones. Recordad sólo el *Stabat Mater*, ó leed cualquiera de nuestros ritmos litúrgicos. Un arte nue-

vo nace para su gloria: la arquitectura le erige catedrales góticas. Ella da á la pintura las vírgenes de Perugino, de Correggio y de Rafael; á la poesía, las bellas estrofas del Dante y del Petrarca; á la música, las supremas melodías de Pergoleso; á la elocuencia, las sublimes meditaciones de Bossuet. Citadme un genio, que sea al mismo tiempo un corazón, y que no haya consagrado á María siquiera una vez su voz, su pincel ó su pluma. Decidme si vuestras fiestas más hermosas, vuestras más tiernas poesías, vuestras mejores composiciones, no son aquellas en que la celebráis y que le consagraís vosotros. Así pues, reina de la belleza y de la verdad, reina del arte y de la naturaleza, ha visto á todos los siglos venir á depositar á sus plantas el tributo de sus ricos tesoros, colocando en su frente hermosísima diadema. ¡*Veni, coronaberis!*

Algo más que elevar é inspirar las inteligencias hace en la escuela María; forma también las costumbres. Ella comunica á los corazones las delicadezas de esa pureza de que ella misma es modelo; ahí está su realeza moral. Mirad la imagen de esa reina: su cetro es un lirio; hasta su nombre significa inocencia; la llamamos Virgen Santísima, y hace virgen cuanto á ella se aproxima. En su corte es de estricto reglamento la blancura del vestido del alma, y jamás se encontrará un joven corrompido, que sea al mismo tiempo fino amante de María. A vuestra corta edad, el mismo poder de conservación es su culto, cada una de sus fiestas nos recuerda un misterio de virtud; por eso para celebrarlas es necesario hallarse fortificado por la gracia, ya que de ellas se sale impregnado del perfume que conduce á la vida eterna. Nunca insistiré bastante en hablaros de la influencia que la devoción á María tiene en las costumbres de un colegio; es el bálsamo de las almas, lo saben muy bien sólo los directores de jóvenes y de niños; por eso no puedo comprender cómo pueden conservarse en la honestidad y en el pudor, las desdichadas escuelas donde es desconocido ó de donde ha sido desterrado este

culto. Se echará de allí á la reina de los ángeles, mas por la misma puerta saldrá también la moralidad: el hijo mal nacido se cree autorizado para todo desde el momento en que no se halla á la vista de su madre.

¿Qué haremos nosotros, hijos míos, con nuestra reina y madre? En primer lugar justo es que le rindamos homenaje, que la saludemos todas las mañanas al despertar; será para nuestras almas “la estrella de la mañana.” Nos prepararemos para sus fiestas con la confesión, y con la comunión nos uniremos á los misterios de su vida. Llevaremos su librea, que es el escapulario; nos alistaremos en su ejército, que es la Congregación; le ofreceremos todos los días una corona de oraciones como llama la Iglesia al Rosario. Le dirigiremos la salutación que en Nazaret le dirigiera el Arcángel: *Ave, María*. Este fue el homenaje de los súbditos del cielo; este será el nuestro también. Gabriel fue el primero en entonar la antífona; él encabeza el coro; después, aquel himno entonado por él lo ha continuado la humanidad entera, y no ha dejado de ser en los labios de todas las edades, el homenaje universal á la Soberana común de la tierra y de los cielos.

¿Qué más haremos aún? Estableceremos el reino de María sobre todo lo que somos, y sobre todo lo que tenemos.

Escrito está en el Evangelio que, tan pronto como María fue dada por madre á San Juan, el apóstol la hizo dueña de su casa y de todo lo que le pertenecía. *Accepit eam in sua*. Así lo dice el mismo San Juan. Imitaremos á San Juan, hijos míos. Estableceremos el reino de María primero en nuestras almas, y en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestras voluntades y en nuestros afectos que ella marcará con el sello de su modestia y de su santidad. Estableceremos su reino en nuestros estudios, en nuestras clases, en nuestros trabajos, en nuestras conversaciones y hasta en nuestros juegos, para que los consagre ella á Jesucristo su Hijo: se trabaja mejor, se juega mejor á la vis-

ta de la madre. Estableceremos su reino por lo que á nosotros toca, en nuestras familias, para que en ella encuentre una imagen de la Santa Familia. En fin, es preciso que María esté aquí, entre nosotros, como en su casa, *in sua*. No tenemos necesidad de escribir el acta de este general y absoluto abandono. La escribió ya un santo joven, Luis Gonzaga, en esa consagración que es familiar entre nosotros: *O Domina mea, Sancta Maria*, etc. Consagraos á ella como él, y como él seréis recompensados.

¿Qué haremos, en fin? Haremos con nuestra reina un pacto de alianza perpetua; juremos á esa madre la fidelidad de Jesús, la fidelidad de San Juan: fidelidad á su corazón, á su ejemplo, á su culto. Ha alimentado ella nuestra infancia, sostiene ella nuestra juventud, ella consolará nuestra vejez, y se constituirá en guardiana de nuestra perseverancia; como por áncora invencible seremos por ella retenidos en la playa de la gracia, de la virtud y de la salvación. Seremos retenidos por un doble lazo de piedad filial hacia Dios y hacia ella. ¿Podremos jamás abandonar á nuestro Padre, mientras exista una madre entre Él y nosotros?

Se cuenta que un día acababan de leer dos santos anacoretas la hermosa parábola del Hijo pródigo: “Nada falta á ese cuadro divino de la familia,” dijo uno de ellos. “Ahí está, dijo el otro, el hijo menor con sus locas presunciones, el padre, con su misericordiosa ternura, el hijo mayor con sus pretensiones celosas.... falta algo. Busco la madre, y no la encuentro.” “Hermano mío, contestó el otro, que era anciano, si hubiera tenido madre el hijo pródigo, jamás hubiera abandonado la casa de sus padres.”

MONSEÑOR BAUNARD